

IGNACIO CHAVEZ

EL PADRE HIDALGO*

El Padre Hidalgo es todavía un héroe en parte ignorado y en parte incomprendido. Se le ama por la libertad que nos dio, se le venera por el dolor de su sacrificio, se le rinde homenaje por ser él quien dio vida a la Patria; pero con ser amado y venerado como a un Padre, no lo es tanto como merecen sus virtudes de héroe, su talento, su amor por los humildes, su valor sereno, que supo ser audacia frente al peligro y dominio tranquilo frente a la muerte. No se le admira aún bastante por el ardor de su fe, su fe encendida en México y en su destino; ni por sus intuiciones de reformador y de vidente, que le hicieron trazar, sin pretenderlo acaso, todo el programa que México ha seguido en sus revoluciones.

Tenemos los mexicanos una deuda con él, que no se salda con levantarle bronce. Es la de estudiarlo más, de conocer más hondamente su pensamiento y su obra, porque la figura de Hidalgo es más grande de lo que aprendimos en nuestros libros de historia. Tiene su vida facetas luminosas de pensador, de educador y de visionario; tiene también, como es humano, pequeñas manchas de sombra, las flaquezas, los errores inevitables de quien se lanza impreparado al vértice de la revolución. Pero todo eso, errores, flaquezas y limitaciones, son miserable cosa frente al mérito real y auténtico del héroe que había en él, héroe en la más alta, en la más pura acepción del término.

Su vida se desarrolló, como la tragedia clásica, en tres actos, tan desiguales en el tiempo como en la intensidad del drama que se estaba fraguando.

Fue el primer acto uno largo, manso, tranquilo, que consumió 45 años de su vida, primero cumplidos entre libros y colegiales, aprendiendo, enseñando, meditando; después en la paz de su curato, pastor y maestro siempre, madurando el alma, cargándola como de un fluido eléctrico, de todo el dolor de los humildes y de todas las ansias reprimidas.

El primer acto de su vida empezó en el Colegio de San Nicolás, todo impregnado aún de su presencia. El viejo Colegio de Don Vasco le vio llegar un día, niño aún, delgado y tímido, con los grandes ojos verdes, ávidos de todo mirar. Dejaba atrás los primeros 12 años de su vida, pasados en la quietud del campo natal, en Corralejo.

Fue en esa vieja casa donde empezó su vida de estudio y de trabajo. Quizá pasó antes un breve tiempo con los jesuitas, en el Colegio que estaba calle de por medio, el de San Javier. De todos modos, Hidalgo niño paseó por esos corredores sus inquietudes, su fatigas y sus primeras rebeldías. Uno a uno fue escalando los grados de su carrera: Bachiller en Artes a los 17 años; Bachiller en Teología a los 20; después becario de oposición, lo que le confería derechos de celador, sinodal, Profesor suplente y Presidente de Academias.

El niño se había transformado en hombre y estaba ya poseído del ansia febril de saber y de triunfar. Era un talento lúcido y un

espíritu mordaz, dispuesto a discutirlo todo. Su carrera se había vuelto triunfal: Profesor de Filosofía a los 22 años; después, de Latinidad y luego, Profesor por oposición de Gramática, todo al mismo tiempo que ganaba las órdenes sacerdotales a los 25 años, único refugio para la ambición intelectual de un criollo, que tenía cerradas las puertas para toda otra situación de preeminencia.

El joven sacerdote y maestro es cada día más rico de cultura y más ancho de criterio. Es ya la cabeza más recia del Colegio, el que triunfa en las oposiciones, gana concursos y logra, por su alegato, reformar la enseñanza de la Teología, volviéndola positiva en lugar de escolástica. El Deán de la Catedral, viejo Profesor de Filosofía en Salamanca, le felicita llamándole "gigante" y "abeja industriosa de Minerva". En cambio, Hidalgo choca con la Inquisición, como chocará más tarde varias veces en su vida; pero eso no impide que el ascenso siga y que sea promovido a Secretario y después a Rector del Colegio de San Nicolás.

A los 37 años el Bachiller Hidalgo está en la cumbre. Dirige el más antiguo y prestigiado Colegio de América. Se ha preparado arduosamente en el cultivo de las humanidades para ensanchar la vida, la suya y la de los otros. Sabe latín, francés e italiano; habla el mexicano, el otomí y el tarasco; tiene el talento claro y la réplica vivaz; es un polemista extraordinario y bulle en su alma una oscura inconformidad contra el medio colonial que oprime y contra algunos pretendidos dogmas que él estima groseros. Piensa y duda, pero calla sus dudas y en el fermento de ellas prepara el alma para más sordas rebeldías.

La sombra tutelar de Don Vasco debe haberse alargado en el silencio de los siglos, para venir a confundirse con la de este nuevo educador, que recogía su herencia espiritual y que tenía como él, el amor de las letras y el amor de los hombres.

Así pasaron 27 años de su vida, al amparo de este Colegio, tiempo en que el niño campesino se transformó en hombre superior y en que la zarza se retorció en hoguera. Cuando Morelos, el otro gran inmortal, ingresó ahí como alumno, sufrió a la vista de Hidalgo el efecto de una fascinación, que le acompañó toda la vida. Vio siempre en él a su maestro, aunque nunca fue su discípulo en las aulas.

Esa misma fascinación, que permite ver con los ojos del alma lo que ya borró el tiempo, ésa la hemos sufrido muchos de la legión de los humildes. Los que nos formamos en ese Colegio, todo impregnado del recuerdo del Padre, más de una vez le vimos pasear calladamente por los corredores, absorto en su lectura, o bien creímos verlo, inclinado como solía en el barandal, mirar distraídamente el paso de los colegiales, mientras arriba moría la tarde y se diluía en el aire el toque del Angelus, que subía temblando de las torres de la Compañía. . .

Llegó la hora en que Hidalgo abandonó el Colegio para ir de cura a Colima. Debió ser un dolor muy hondo el del arrancamien-

* Discurso pronunciado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en ocasión del Segundo Centenario del nacimiento del héroe.

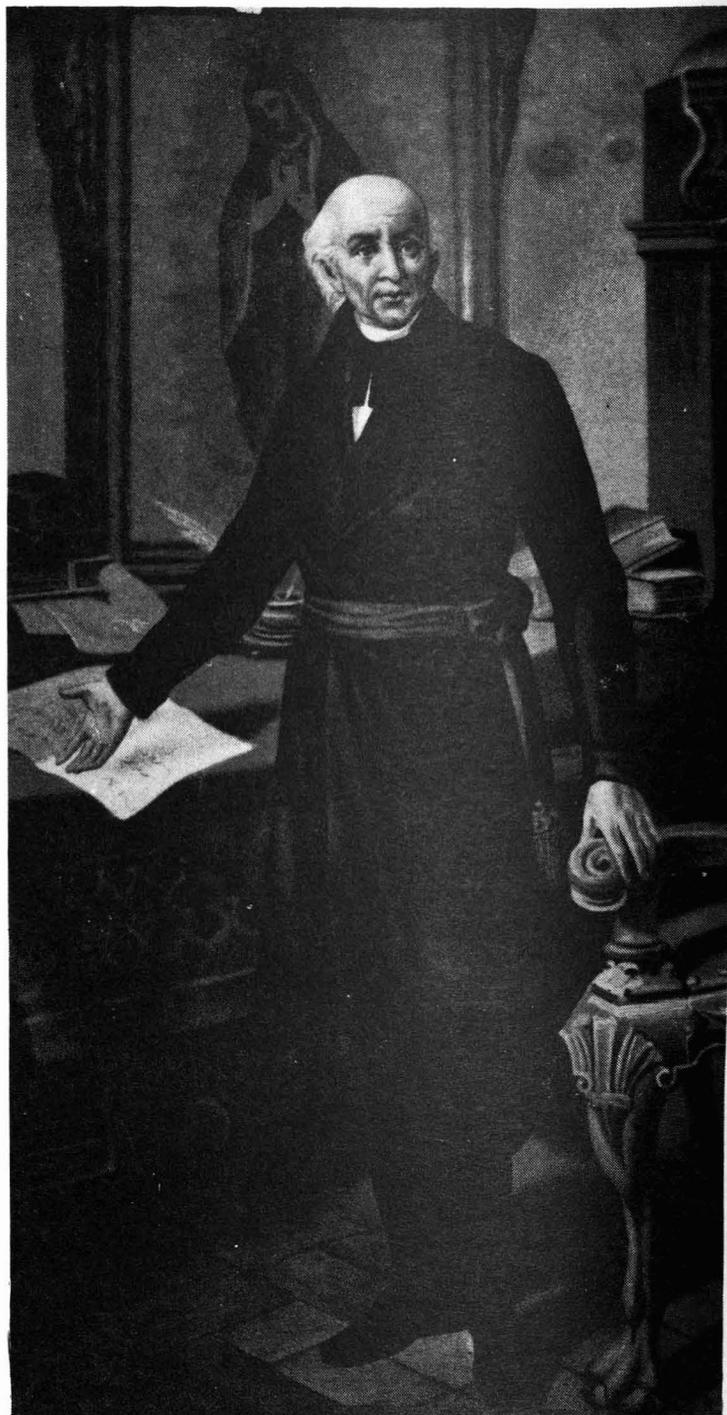
to. Los 18 años que siguieron, emigrando de un curato a otro, no eran sino una forma de ostracismo. No se prepara un hombre así de reciamente, para ir de cura a un humilde pueblo abandonado; mas en su caso, el alejamiento era una forma de castigo. Pudo haber sido un gran obispo, ya que era tenido por el mejor talento de su Diócesis; pero eso le estaba vedado a un criollo, como una de tantas postergaciones a los que habían nacido en América.

Su vida en los curatos lugareños fue en cierto modo una prolongación de su vida nicolaíta. Fue un blando pastor de almas, pero más que pastor siguió siendo un maestro. En San Felipe sintió todavía nostalgias de humanista y mató sus ocios traduciendo a Racine y Molière y llevando a escena algunas de sus obras; pero eso se fue borrando para dejar paso a una transformación, cada día más honda. El intelectual que había vivido siempre entre sutilezas, abstracciones y dogmas, bajó a la realidad de su país y se encontró con el alma misma del pueblo, con el mestizo oprimido, con el indio esclavo, que llevaba, como lo único suyo, su miseria y su dolor a cuestas.

Fue como una revelación. Hidalgo no podía enseñar allí latín ni filosofía; entonces enseñó cosas mejores, las cosas nobles de la vida que dan caminos de redención. El no sabía de industrias, pero las aprendió para enseñarlas a sus feligreses de Dolores. Encargó abejas a La Habana y produjo cera para los templos; sembró moreras y creó la industria de la seda; plantó viñas y fabricó vino; aprendió alfarería y produjo loza que después él mismo vidriaba; curtió pieles y puso una talabartería; montó una carpintería y una herrería y cuando sonó la hora de pelear, él mismo en sus talleres fabricó las lanzas y los machetes libertarios.

¡Cómo no inclinarse ante esta vida extraordinaria, ante este intelectual que se entrega a la tarea de enseñar y redimir y que sabe bajar de las alturas, capaz de comprender y de servir a los demás! ¡Cómo no inclinarse ante este intelectual que entiende que la ciencia y el arte son cosas vanas en la vida si no se fecundan con un sentimiento de amor, y que al entenderlo, se ofrece en total entrega a los de abajo!

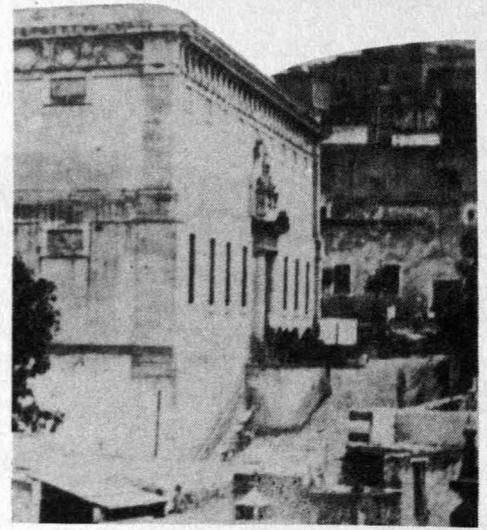
Si la vida de Hidalgo hubiese terminado aquí, sería la suya una de las vidas más altas y más puras, la de un sabio trocado en misionero o la de un santo laico de la cultura mexicana.



■

Pero hay un segundo acto de su vida, breve y luminoso. En nuestra historia apenas si es un relámpago; en cambio, en la vida del héroe es todo el drama de su transfiguración: el sacerdote hecho soldado; el maestro hecho caudillo y el pastor convertido en héroe. Seis meses bastaron para levantarlo y dejarlo caer, cumplida ya su misión. El resto lo haría el destino, que es insobornable.

El drama se anuncia en Dolores con un tañido de campana. Se



inicia luego con un grito, en el silencio del amanecer. Ese grito libertario de Hidalgo, frente al alba indecisa, es México mismo retando a su destino. En ese minuto audaz remataron tres siglos de resignado abatimiento y muchos años de sordas rebeldías. Al grito de “¡Viva la independencia!” la turba congregada respondió con la fidelidad de un eco; pero el grito final “¡Muera el mal Gobierno!” la turba lo tradujo de inmediato: “¡Mueran los gachupines!”

En esta doble frase está todo el secreto del frenesí que se apoderó del país. El criollo y el mestizo, el indio y las castas, todos respondieron con un mismo estremecimiento de fiebre, de odio y de esperanza. No sabían bien el alcance que pudiera tener la independencia, no columbraban bien lo que sería la libertad, ellos que no la habían conocido; pero la deseaban con ansia, con ese instinto certero que es innato en el hombre. Si no sabían de independencia y de libertad, sí sabían, en cambio, lo que era el odio al opresor, encarnado en el encomendero y sabían también lo que es la rabia contenida, que quiere estallar en rebeldía.

Empezó la epopeya, que yo no voy a trazar. En esos días de heroísmo y de sangre, de idealismo y de barbarie, Hidalgo mostró tener una superioridad indiscutida sobre sus hombres. Les aventajó en todo, en talento, en audacia y en visión. Fue el jefe, por el derecho natural del mérito.

Nadie como él en el valor sereno. Cuando la conspiración fue descubierta y empezaron las aprehensiones, Allende, Aldama, todos los complicados, perdieron la cabeza; todos pensaron en la fuga. Sólo Hidalgo se conservó sereno; sólo él sacó de su valor la audacia para retenerlos y para forzarlos a dar el salto en lo desconocido. El grito de ese día en Dolores fue un reto suyo, exclusivamente suyo.

Por lo que toca a la visión política, sólo él, viejo lector de historia, tuvo el acierto para conducir la revuelta. Cuando Allende y los militares que lo seguían quisieron hacer la guerra levantando un ejército regular para enfrentarlo al ejército del Reino, Hidalgo vio con claridad que no era el choque de los ejércitos, en batallas campales, lo que daría la victoria a los insurrectos, que carecían de armas. Era el levantamiento en masa; era el pueblo entero, en frenesí de rebeldía, lo único que daría la fuerza y el coraje para vencer, sin importar que la turba fuese apenas con lanzas, con machetes y con hondas, a enfrentarse a los españoles.

Sólo Hidalgo se dio cuenta de lo que vale el ímpetu del pueblo, aunque esté desarmado, para abatir una tiranía. Por eso convocó a las masas y las arrastró consigo, contra el consejo de sus militares, y nunca un torrente humano se precipitó por las llanadas del Bajío con mayor furia. El 16 de septiembre los insurgentes eran sólo 800 en Dolores; tres días más tarde eran 6,000 en San Miguel; creció el torrente y el 28 eran 15,000 en Guanajuato, y ya aquí en Valladolid, a un mes apenas del grito, el río humano, desbordado, pasaba de 50,000 hombres.

Nunca en nuestra historia tuvo un caudillo tal magnetismo sobre las masas ni nunca una idea arrastró más pueblos, como arrancados de cuajo, bajo el señuelo de la libertad. “Es como un vértigo”, decía Calleja. ¡Qué importaba, pues, que esas masas, según lo temía Allende, pudieran ser fácil presa del pánico, si podían serlo también del heroísmo! Fueron ellas las que tomaron Guanajuato y Valladolid y las que en Las Cruces hicieron retroceder a Trujillo, en desbandada y con espanto, a las puertas mismas de la Capital.

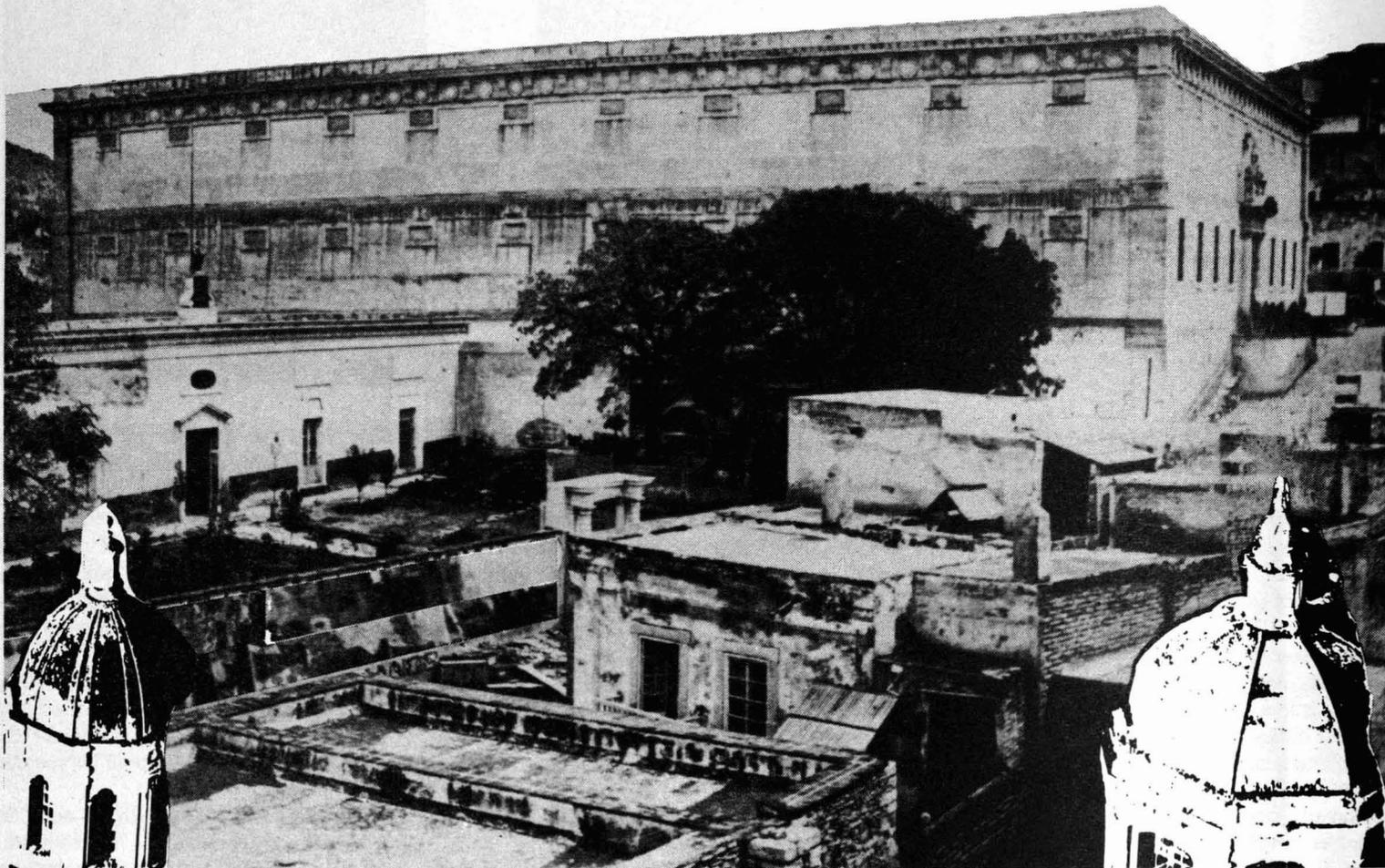
Cuando el desastre se vino en Aculco, Hidalgo volvió a levantar pueblos enteros, inmensas muchedumbres, antes de dos meses. Así hubiera podido seguir y sostener la guerra, pese al desastre de Calderón, si no lo atajan la incomprensión y el odio de los propios suyos.

En este cataclismo, en el que nadie sabía de cierto las metas de la revolución, sólo Hidalgo tuvo preocupaciones de estadista, porque sólo él columbraba el futuro de la nación. Había entrado a la lucha precipitadamente, simulando pretender un gobierno que actuara a nombre de Fernando VII y sin embargo, tan luego como sintió su fuerza, no volvió a usar el retrato ni a mencionar el nombre del monarca hispano. Cambió de lenguaje y habló ya de la nación soberana y habló también de convocar un Congreso que decidiera el futuro nacional.

En su obra de estadista hay dos decretos de valor eterno, que explicó en el respiro de los combates. Fue uno el que lanzó aquí mismo, en Valladolid, el 19 de octubre, aboliendo la esclavitud y castigando con la pena de muerte a quien comprara o vendiera o retuviera esclavos. Este sonoro martillazo en las cadenas, que por primera vez resonaba en América, apenas cumplido un mes de iniciada la guerra y medio siglo antes de que Lincoln lo repitiera en el país del Norte, bastaría para dar a Hidalgo un lugar entre los inmortales.

El otro decreto memorable, que sigue siendo bandera de nuestras revoluciones, es el decreto agrario del 5 de diciembre, expedido en Guadalajara, en el que ordenaba devolver a los indios las tierras de que habían sido despojados, “pues es mi voluntad —añadía— que su goce sea únicamente de los naturales en los respectivos pueblos”. Un siglo más tarde el eco de su voz seguiría retumbando en las montañas del sur y los hombres seguirían muriendo por las dos promesas que les hizo Hidalgo, de tierra y libertad.

La nación que él presiente y que está forjando con sus manos, la quiere libre y soberana y la imagina constituida en República. En prenda de ello envía un Ministro Plenipotenciario a los Estados Unidos, y le ordena informar que México pelea “por su completa independencia” y que persigue a toda costa “o vivir en la libertad de hombres, bajo una Constitución federativa o morir tomando satisfacción de los insultos hechos a la nación”.



En pleno vértigo de acción, cuando empezaba a organizarse el caos y a definir el futuro de su empresa, cae el telón bruscamente, cortando su gesta de caudillo. Más que por el desastre frente al enemigo, cae por la revuelta rencorosa de sus militares, que no le perdonan la derrota, ni menos aún la jefatura incompartida que ha ejercido hasta entonces. Con rabia le arrebatan el mando y lo arrastran virtualmente prisionero, a través de una retirada absurda, que se prevé de 1,500 kilómetros, hasta Texas. Vencidos, extenuados, sedientos, una emboscada ruin les para en la mitad del viaje. La hora del caudillo ha pasado y es la hora del mártir.

■
Empezó entonces el tercer acto de su vida, fugaz en el tiempo, pero de una infinita agonía. Cuatro meses prisionero, cargado de cadenas, él que las había roto todas, y sujeto a la tortura de un juicio implacable, mientras oía desde la cárcel las descargas que iban abatiendo a sus compañeros.

El hombre estaba solo en su celda, solo frente a su conciencia y frente a su Dios. Su conciencia le absolvía de todas sus luchas políticas y aun de sus excesos, ya que no los autorizó por maldad, sino por considerarlos necesarios para el triunfo. Dijo a sus jueces que "estaba persuadido de que la independencia sería útil" y cuando le preguntaron con qué derecho se levantó en armas, respondió con tranquilidad no exenta de fiereza: "con el derecho que tiene todo ciudadano cuando cree la patria en riesgo de perderse".

A la hora de la muerte volvió a aventajar a todos sus compañeros en valor heroico. Cuando todos se retractaron y se humillaron, él conservó su serenidad inmutable y su digna actitud. Ninguna

retractación en sus ideas políticas, ninguna delación, ninguna flaqueza que desdiga su decoro de Padre de la Patria.

Pero si su conciencia de hombre lo absolvía, el sacerdote necesitaba el perdón de Dios. Por eso, al llegar al juicio religioso, se postró humildemente, aceptó sus yerros y pidió perdón. En ese momento le hicieron firmar un escrito de retractación que él no había redactado y que admitió, seguramente, para morir en el seno de su religión.

Aún duele el alma al recordar las últimas escenas de su martirio. Su degradación como sacerdote, los grilletes que le quitaron por primera vez, el cuchillo que le raspó las manos y las fórmulas de execración que le laceraban el alma, mientras el pueblo que miraba la escena, se bebía en silencio las lágrimas. . .

Después, la agonía. El reo amarrado a un banquillo; el fusilamiento, hecho de frente, porque se negó a dar la espalda y luego tres descargas, porque temblaban los soldados. . .

Se creería que todo estaba consumado, pero faltaba algo: es la cabeza blanca que salta, cercenada de un tajo, y es una jaula de hierro y luego un garfio en la Alhóndiga de Granaditas, para eterna infamia y para eterno escarmiento; para que nadie vuelva a soñar en México con la libertad. . .

■
Cuando un hombre recorre un ciclo así y del noble pensamiento que lo tortura y que lo empuja, salta riesgosamente a la acción fecunda y paga su ideal de plenitud con el sacrificio de su vida, ese hombre es un héroe auténtico. A Hidalgo no le faltó nada, ni la idea valerosa, ni el esfuerzo osado ni el pago de martirio.

Fue la suya una espléndida epopeya. Sorprende cómo, sin

prestigio guerrero, botando un día su sotana de cura para vestirse la casaca del Generalísimo y sin más preparativo de combate que una tímida conspiración de algunos meses, hizo que el país entero ardiera con revolución. "Hidalgo no necesitaba más que presentarse para arrastrar tras de sí todas las masas", dice su historiador enemigo, Lucas Alamán.

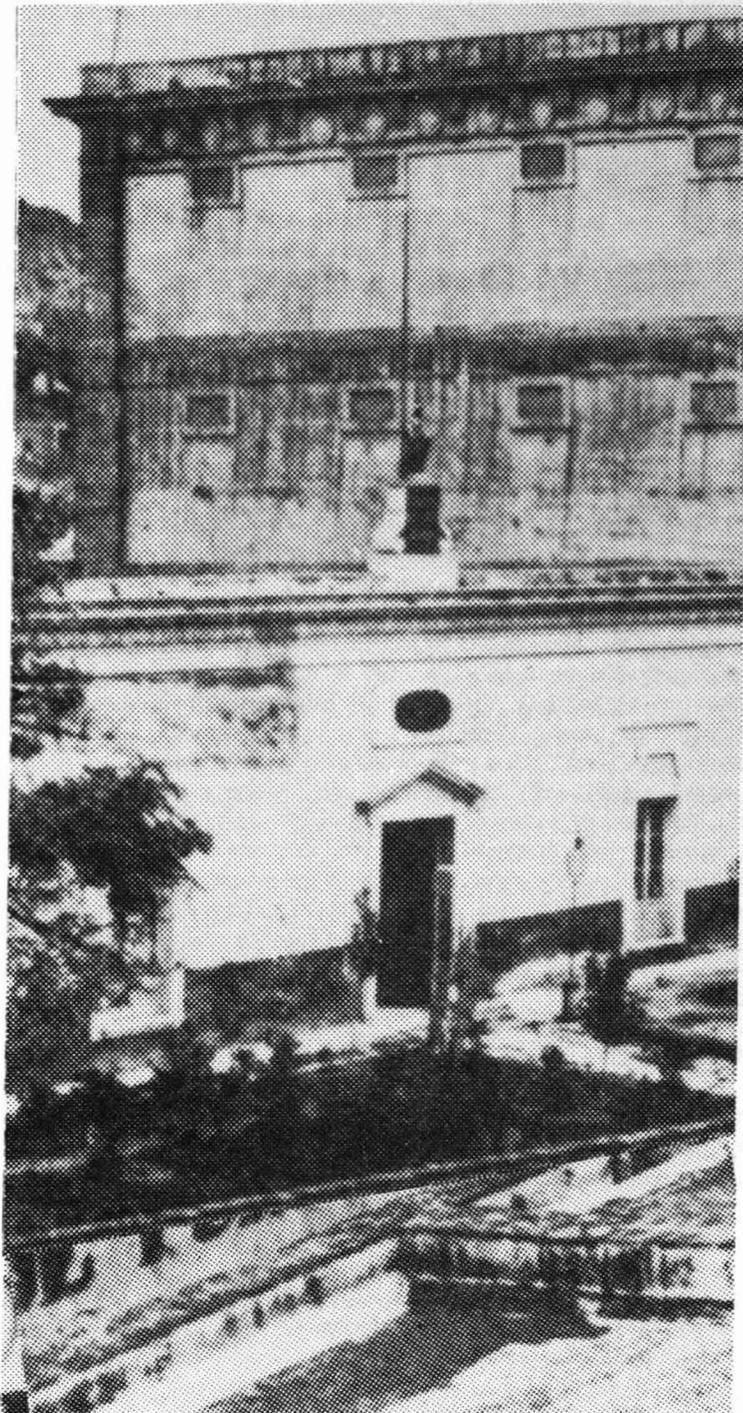
¿Qué extraña fascinación tenía este hombre, que todos le seguían? ¿Qué fuerza ciega le impulsaba, que no se detuvo nunca a medir el peligro? ¿Por qué se abatieron sobre él tantos odios, como no los tuvo jamás otro insurgente?

Es que Hidalgo, en su guerra, no actuó con la mentalidad del criollo, dispuesto a sostener la misma estructura de la colonia y satisfecho nada más con arrebatarse a los peninsulares el mando y los privilegios. El no concibió su revuelta como la que habían ensayado tímidamente los criollos del Ayuntamiento de México, apenas dos años antes, buscando asumir el poder en connivencia con el propio Virrey. Tampoco su rebelión se pareció en nada a la que en esos días se encendió en todos los países de Hispanoamérica y fue distinta, en esencia, de la que hizo después astutamente Iturbide.

Todas esas eran revueltas de criollos postergados, ansiosos de arrebatarse el poder al español de la Península, que seguía llegando y actuando con la mentalidad orgullosa de conquistador y pensando que mientras hubiera uno de ellos en estas tierras de América, el mando debía ser suyo, sin razón para discutirlo ni para compartirlo.

La de Hidalgo fue otra clase de guerra, genuina lucha de independencia y libertad, emprendida en nombre de los de abajo, del pueblo oprimido, de la masa irredenta. Más que guerra fue una revolución social, la primera de este largo batallar nuestro, que aún no termina; guerra de destrucción de un régimen social que era tiránico en lo político y expoliador en lo económico; guerra de tumulto, en que antes de preocuparse por las nuevas formas de vida, lo que importaba era destruir el orden viejo y destruirlo en forma tal que no pudiera nunca rearticular sus piezas; guerra de violencia y de exterminio, que hiciera imposible la supervivencia de un régimen que se empeñaba en mantener la esclavitud y la explotación, en forma semejante a como las había implantado en el siglo XVI. ¿Qué importaba que arriba, en la Corte, florecieran las artes en ambiente de lujo y de refinamiento, y que el siglo XVIII, que moría, hubiese sido el siglo de oro para las letras en la Nueva España, si abajo se retorció la misma miseria humana y el indio moría en el mismo abandono, cruel e intencionado!

Tal fue el secreto de la fascinación de Hidalgo sobre las masas, como lo ha apuntado agudamente Villoro, secreto que estriba en haber hecho la guerra no en nombre del criollo sino del pueblo, actuando en su nombre e inspirado por él. Hidalgo fue su jefe, porque fue su conciencia y fue su voz, el instrumento histórico en



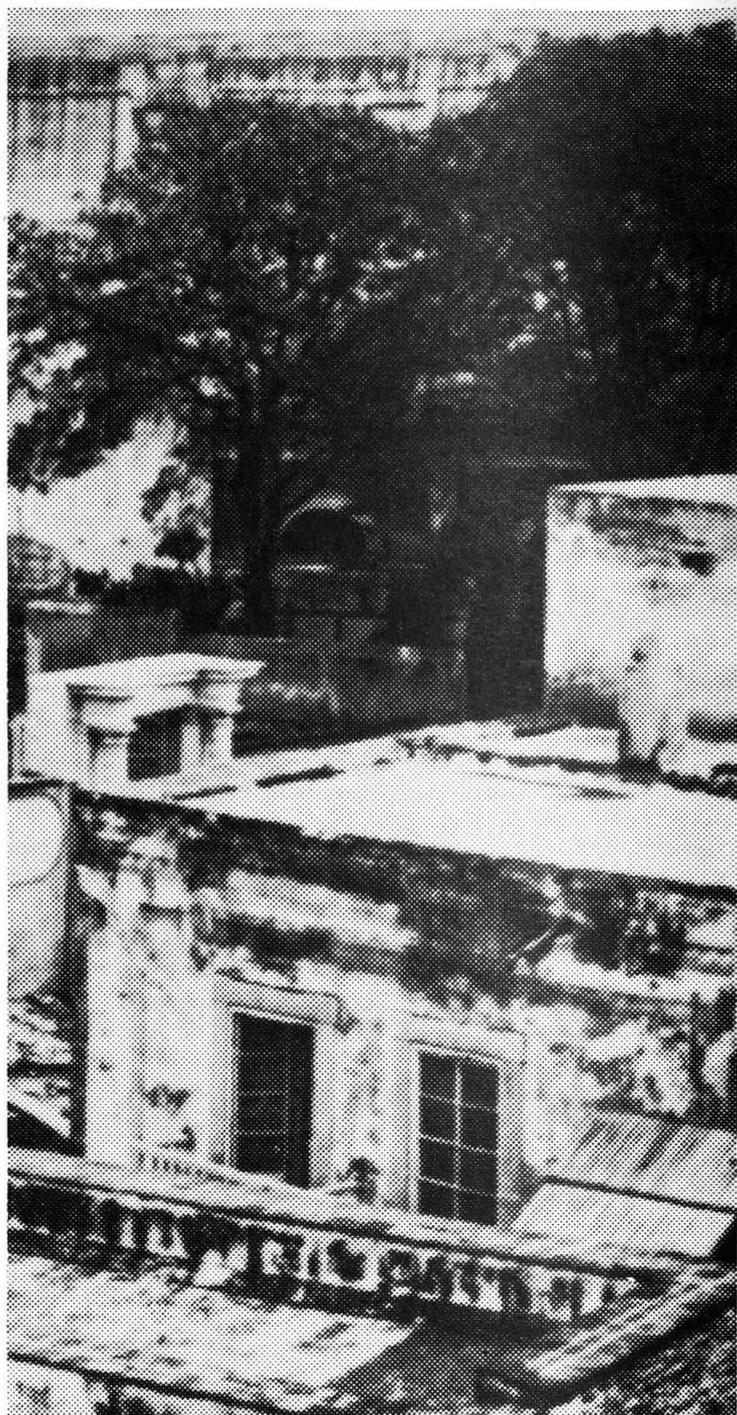
que el pueblo encarnó. Por eso condujo la guerra como el pueblo quería; por eso toleró sus excesos y apoyó sus represalias. Se olvidó de su cultura de humanista y aun de su ministerio y actuó como hombre-pueblo. A la protesta de los suyos Hidalgo, que se sabía inerte, respondió "yo no conozco otro modo de hacer la guerra". Sus militares la hubiesen querido de tipo académico, inspirados en el espíritu napoleónico de esos días. El no; él contaba con el estallido, con la irrupción violenta, con la sacudida volcánica. "Vamos a coger gachupines" fue su primera voz de orden.

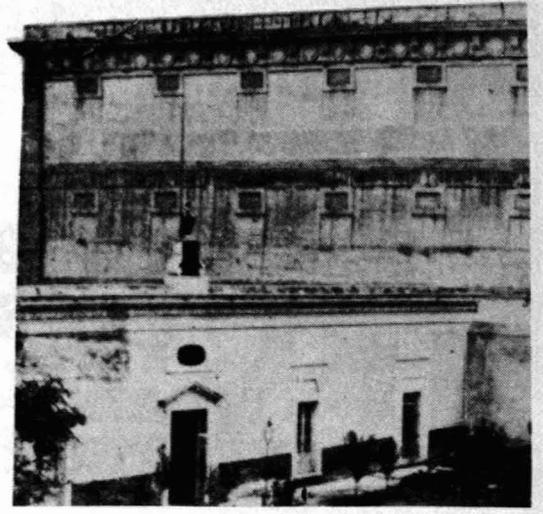
Qué otra cosa podía hacer este insurrecto frente a un ejército de 26,000 soldados y cuando el Virrey, preparándose contra la invasión que esperaba de afuera, se había abastecido de armas y había comprado 8,000 fusiles en Jamaica y había montado una fábrica para fundir cañones. Qué otra cosa podía hacer, frente al poder y la riqueza de la Corona, que en unos cuantos años y al mismo tiempo que combatía ferozmente desde México hasta Argentina, tuvo fuerza bastante para levantar aquí un ejército de 80,000 hombres. Ni qué otra cosa hacer frente a la fría, implacable resolución de España de retener sus colonias a hierro y sangre. No quedaba sino luchar con las manos, con los dientes, con la ira en el corazón, en espera de arrebatar las armas al enemigo.

Por eso la lucha pronto se volvió feroz y el odio rompió todos los diques. De un lado y de otro la lucha se tornó implacable. Aquí mismo frente a Valladolid, el brigadier Cruz dio su orden bárbara "de pasar a cuchillo a todos sus habitantes, exceptuando las mujeres y los niños y de pegarle fuego a la ciudad por todas partes"; en Silao, Calleja amenazó con "fusilar cuatro habitantes, sin distinción de personas, por cada realista asesinado"; en México, el propio Virrey instigaba al crimen, ofreciendo 10,000 pesos al insurgente que traicionara a Hidalgo y lo entregara, vivo o muerto y en San Blas se azotaba públicamente el cadáver del heroico Cura Mercado. Hidalgo respondió con igual furor implacable, olvidándose de todo, menos del sentimiento popular de rabia, ordenando la muerte de todos los prisioneros que tenía en Guadalajara y ordenando que en lo sucesivo a todos los españoles perturbadores "se les sepultara en el olvido".

Pero en medio del frenesí de guerra, soñaba para el futuro con una paz idílica, en que las leyes fueran suaves y benéficas; en que el gobierno tuviera dulzura de padre para todos, preocupado de fomentar las artes, de impulsar la industria y de crear un ambiente propicio para disfrutar, según decía, de todos los dones que nos dio el cielo.

No tuvo tiempo para ver apuntar el alba que presentía. Su vida guerrera fue un meteoro. Con su prisión, el triunfo quedaba muy distante y todos sus sueños, el nacimiento de un pueblo libre, sin esclavitud y sin oprobios de clase; el advenimiento de una República soberana y próspera, gobernada sólo por mexicanos, en la que el hombre del campo tuviera sus tierras y el de la ciudad





sus pequeñas industrias; el nuevo régimen social con que soñaba, en que reinara la igualdad y en que fuese ley su fórmula de concordia: "unámonos todos los que hemos nacido en este dichoso suelo" todo eso quedaba, al caer prisionero, perdido en la bruma de un futuro incierto.

Hidalgo sabía que sólo el triunfo de su causa lo absolvería en la historia de los excesos de la guerra. El dolor causado sería entonces fecundo y no voz de maldición. Pero la suerte le fue adversa y él moría antes de gozar del triunfo y de saberse absuelto; por eso lloró esta doble traición que le jugaba el destino.

Mas no por eso se arrepintió. Pudo como cristiano llorar por sus pecados, doliéndose del sufrimiento que sus actos acarrearían; pero como patriota murió convencido de que había hecho bien en levantar el país contra España y hubiera podido repetir la frase de Ocampo frente al patíbulo: "Muerdo creyendo que he hecho por mi país cuanto en conciencia creí que era bueno".

Nadie polarizó tanto los odios como él. Sobre nadie se abatieron tanto la calumnia y la injuria. A pesar de que su guerra no era antirreligiosa sino exclusivamente libertaria, con la Virgen de Guadalupe como lábaro y el Tedéum como ceremonia obligada de acción de gracias el Obispo de Michoacán, Abad y Queipo, violando el derecho canónico, lo excomulgó a los ocho días del grito de Dolores; el Arzobispo de México le fulminó su anatema y confirmó la excomunión y el Tribunal de la Inquisición, que había muerto y no había sido enterrado, se apresuró a llenarlo de injurias y de lodo, declarándolo "libertino y sedicioso, cismático, hereje, judaizante, luterano, calvinista y muy sospechoso de atea y de materialista". El Obispo Barbosa fulminó sus iras sobre el Libertador, gritándole "apoderado de Satanás y del infierno todo". Y así, en jauría de odios, todos vaciaron su léxico de injurias: fascineroso, réprobo, asesino, protervo, émulo de Luzbel. . .

Hoy podemos, quizá, sonreír frente a esa explosión de ira, de terror y de impotencia. Pero en aquel momento histórico representaba un peligro más grande que el propio ejército virreinal. Por eso Hidalgo, tanto como de combatir, se preocupó de refutar a sus enemigos. El país le conoció entonces como formidable polemista. "Creéis acaso —respondía en Valladolid a sus enemigos— que no puede ser verdadero católico el que no está sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe?" Y añadía: "Si no hubiera emprendido libertar nuestro Reyno, jamás hubiera yo sido acusado de hereje".

Los anatemas siguieron y con ellos las excomuniones en masa. Frente al fárrago insufrible, modelo de incordura, de la del Obispo de Guadalajara, cómo suenan limpias y recias, como latigazos, las palabras de Hidalgo, al rebatir con sarcasmo: "¿No sois vosotros, españoles, los que hacéis alarde de haber derramado la sangre por no admitir la dominación francesa? ¿Por qué culpáis en nosotros lo que alabáis en vuestros paisanos? ¿Os ha concedido Dios algún

derecho sobre nosotros? El mismo que los franceses tienen sobre vosotros, es el que habéis tenido sobre nosotros, esto es, el de la fuerza".

El dardo envenenado de la herejía, con que sus enemigos quisieron herirlo, se perdió en el aire. Las muchedumbres lo seguían, puestas la fe y la esperanza en su caudillo, sin importarles anatemas ni excomuniones. Creían en Hidalgo como en un padre y lo veían como un semidios. Los clérigos mismos se apretaban a su lado, diciendo con seguridad desdeñosa: "¿Cuarenta excomuniones que el Tribunal fulmine, entre nosotros viene quien las absuelva!"

Sus enemigos se ensañaron con él. Podían perdonarle todo, menos su soberbia retadora. "¿Has caído como Luzbel por tu soberbia!" clamaba el arzobispo Lizana. "¿No se volverá a oír tu nombre en este Reino de Dios sino para eternos anatemas!"

¿Qué ceguera mayor que la del alma! ¿Perdónalos, Padre, porque teniendo ojos no veían! No veían ni tu grandeza ni tu verdad. Hoy el anatema se ha vuelto contra ellos, mientras que la legión inmensa de tus hijos viene amorosamente a ti, para decirte su gratitud; si por tu soberbia audaz ellos te odiaron, por ella te bendecimos nosotros, que por ella tuvimos esta Patria niña!

Si tú volvieras, Padre, al viejo Colegio que fue tuyo y reclinado, como solías, en el barandal fronterero a tu regencia, volviéndote a nosotros nos preguntarías hoy: ¿qué habéis hecho del México que yo os dejé mitad sueño y mitad desgarramiento, ansia y dolor al mismo tiempo? ¿Qué habéis hecho vosotros de mi grito y de mi sangre?

Nos acercaríamos a ti, en movimiento silencioso, como de masa humana que se acerca al altar; te miraríamos de frente, sin esquivar tus ojos y una voz, una sola, que no sería de nadie porque sería de todos, te respondería: ¡Está tranquilo, Padre! Ni tu grito de rebeldía ni tu sangre han sido estériles. La Patria que nos diste, es ya la que tú querías, altiva y libre, como soñó tu orgullo. La Revolución que tú iniciaste, para que el campesino tuviera su tierra, el hombre de la ciudad su taller y todos la dignidad de hombres libres, esa revolución no la hemos traicionado jamás. A lo largo de siglo y medio, con pausas apenas para tomar respiro, hemos marchado todos, con el fusil y el libro, en perenne combate. El camino es muy largo y aún nos falta mucho que arrastran cadenas de miseria y ceguera; pero tu ímpetu nos sostiene y habremos de acabar con ese oprobio. ¡Míranos, Padre! Ya obedecemos tu mandato de unimos todos. Ya el mexicano siente el orgullo de gritar su stirpe. Ya tenemos la fe en nuestro destino. Y todo eso lo debemos a ti. Por eso nuestro orgullo de sentirnos tus hijos y de ver que en tu figura —fue un poeta quien lo dijo, Alfonso Reyes—, la "Historia intencionadamente quiso condensar los rasgos de la Mitología: libro y espada, arado y telar, sonrisa y sangre!"